

***¡ANIMAL!***

***Categoría: texto largo***

***Seudónimo: GO-GO***

Pintar animal no es sentir-se un animal y en una desesperada imagen tratar de imitar el ladrido de lo salvaje. Tal vez, ni siquiera exista la posibilidad de una pervivencia animalesca que junto a lo humano apele desde la ciudad a un gueto. No existe una institución que desde una canonización de los signos permita una traducción del alarido a la traza. Tal vez (y lo digo como posibilidad y duda) esta pintura animal sólo sea un gesto que desde las ciudades también se hace presente. El cuerpo, de quien asume esta ética bestial, hace presencia en los rincones citadinos a partir de una gestualidad insana. No se hace el animal y como cual perro mueve la cola. Ya no apuesta a la fe por el hombre. Siendo perversa su presencia también defiende una territorialidad animal. Con garras y veneno pervierte sus posesiones. Al cuerpo alterado por esta condición le queda aullar de vez en vez cuando entran en su territorio. Digamos, no exige un pasaporte que permite el acceso a su territorialidad ni ejerce poder sobre el otro, pues el pintor animal siempre es el eterno extranjero que amenaza la estabilidad de la ciudad. Me han dicho que existen ciudades en América que se han construido como un animal. El pintor animal conoce esto fuera de la arquitectura y la historia, tal vez, por una imposibilidad mítica que la animalidad se vuelva cartografía humanada. Sólo una naturaleza móvil y fluida que vuelve madriguera todo lo que se le antepone. Para lo cual, la pintura animal no utiliza metáforas como referentes discursivos o alegorías excelsas. Pues esta pictografía urbana no cree en la

ciudad, ni en sus transportes. Pero vive en ella y le crea rendijas y laberintos donde poner sus huevos. Porque, el animal que se anuncia en este ejercicio pictórico no tiene posibilidad en la zoología, sea biológica o fantástica. Pero puede, igual que la fisiología, valerse de la fecundidad y la procreación. Pero, en forma de una diáspora, un huevo eclosivo, una mórula, una mutación, la gemación, el rizoma, la prótesis. Si es animal aún más acude a formas vegetales para engendrar otros seres. El borametz, planta cordero de los Tártaros es un ejemplo de esto. No existe posibilidad de categorización de su naturaleza por sus orígenes y anatomía. Pues nacen precisamente donde los hombres ven únicamente sus propios fantasmas y ruinas. Fernando Botero los intuye en los tejados de las ciudades y Manzur cerca al cuerpo del pintor. Parecen ciertamente a ciertos animales que reconocemos, pero pertenecen a otra naturaleza. Son digamos, animales por venir que en ciertos acontecimientos aparecen ante nosotros. La heráldica ha intentado volverlos signos y la fábula personajes, en una tentativa de domino sobre sus fuerzas. No obstante, están ahí pese a la ilustración y la fantasía. No es por cierto productos de las divagaciones y añoranzas ecológicas, al contrario, antiecológicos, maquinales, destructivos pues no le deben ni al mundo, ni a Dios, ni al pintor su existencia. Ni apelan a una compasión. Con seguridad son carroñeros, carnívoros, caníbales. Pueden volverse antropófagos, pero no lo hacen. La carne humana no es de su apetencia. Cuentan que muchos de ellos han intentado desde lo objetos dominar el mundo, digamos, pez chino del espejo buscando traspasar la imagen invertida; pese a esto, resguardan las posesiones del alma en el más allá. No obstante, su presencia no se debe a la exaltación de lo religioso o lo mítico. Siendo mitos, renuncian al dictamen de lo mítico. Y lo atraviesan precisamente porque su naturaleza es anamórfica. A veces los confundimos con perros, pues siempre queremos ver al lobo domesticado a nuestro lado. Son como el carbunclo, que ilumina con su frente lo

enigmático y que en el cruce de mundos permite la aparición de lo misterioso.. Pues, estos animales no permiten una biónica y construir con esto una ergonomía aplicada a la vida y confort humanos. Al igual que su traza, lo humano es otra instancia más, ya no es el origen, ni la medida del mundo, ni el telos. Pues ellos construyen clanes pero nunca sociedades, y así, son unas etnias del instante, unos modos inconstantes de supervivencia. Por eso gustan de las ciudades por sus grandes basurales y por la insistencia arquitectónica del rincón. Ahí sienten que el tiempo de su prevalencia se vuelve incontrolable, inclusive para ellos mismos, porque no son más que su propia superación. Cosas peludas o plateadas, da igual, se presentan al hombre cuando menos los busca. Perro de tarot pero también la pierna del loco dibujada por Román Ramírez que también es animalesca, porque si tienen gracia es precisamente porque pueden volver animal todo lo que rozan. Así, las ciudades amerindias que habitamos se vuelven animales por venir, de estas bestias que vienen siempre de un afuera extremo, porque ellas más que otras son rozadas por este flujo animal. El hombre los ha intentado conjurarlos pero como estas bestias nada les interesa lo humano, la humanidad se limita a la contemplación divinizada de estos. No obstante, ellos no son divinos. Es una categoría que se les quiere asignar como estrategia de dominio. No obstante, su tiempo está precisamente cuando las ciudades no existan, y, cuando la obra humana sea simple alegoría. Digamos, algunos de ellos pueden parar caravanas y ejércitos, derrumbar naves y aviones, destruir por gusto las casas desalojadas. Pero no se lo permiten, porque no hacen de la muerte una celebración. Son la muerte o vienen de ella. Suben y bajan por el universo, y de vez en cuando, por los sueños de los profetas. Y si se mueven así es precisamente porque les gusta contemplar otros mundos, solamente porque estos se atraviesan por sus cuerpos. Así, la escritura que surge de los encuentros que ellos suscitan entre diversas naturalezas, no debe nada a un lenguaje en particular. Hacen rizoma

pero también lenguas. Como paradojas del universo son la carnosidad de la finitud, y a pesar de su ventaja con los hombres, ni los dominan, ni los atormentan, ni los contemplan. No les mueven las colas para obtener un hueso o un templo. Gustan de las ciudades por su comodidad y porque al hacer madriguera saben que algún día estas estructuras de hierro no estarán más. Esfinges nada egipcias ni edípicas, anuncian el tiempo del misterio que aparece inclusive en los semáforos. Paulo Bernal los pinta colgados de los cables eléctricos y los bebés en los rincones de las casas. Swedenborg en forma de ángel de varias cabezas que miran en todas las direcciones del universo y Blake en las espaldas de los iniciados. Pero también mi suegro en forma de perro con un diamante en su frente. Aparecen y ya, no es posible una técnica y perspectiva especial para su aparición. Ya que hasta al más ciego de los hombres el poeta, se le asoman tímidamente. En nuestros cuerpos se llaman virus, y, así esta pintura animal convierte la organización en algo enfermo y lo desborda. Técnicamente, si aún es posible hablar de la *Téchne*, es la acción de la orina del leontófago sobre los seres míticos que puede destruir paso a paso el personaje hasta dejar al símbolo en su desnudez. Esta pintura de lo animal ni siquiera se siente segura en las manos de un iniciado ni del amanuense. Es hecha para garras y pezuñas, para quienes pueden al pintar ejercer la noble tarea de la tachadura. Hecha de jirones, esta pintura se vuelve intransferible. No existe ni la opción de la maestranza en su ejercicio. Es por contagio, nada más, como siempre ha sucedido. O por un movimiento sináptico con la muerte del mundo y su cenotafio que se permite entonces volverse una máquina sin referente humano ni político, anterior a la formación del mundo y un poco antes a la aparición del logos. Pintura maquinal nada concreta, nada futurista, nada romántica. No es el homúnculo ni el Golem, pues pueden inclusive depositar sus huevos en ellos y desintegrarlos. Digamos, como el viaje a la Luna de Cirano de Bergerac, cuya máquina voladora se nutría de fluidos.

Esa es anatomía como una Dinámica de ameba cuya fagocitosis no come nada y a pesar de eso se mueve. Por eso, ya nada justifica su ilustración ni su presentación, para nada sirve la creencia en esta representación. Ya nada sacro posee. Si es una donación en exceso es precisamente que en su nadería lo ofrece todo. Son el horizonte del mar y el desierto sus signos principales, en donde la línea es categórica y el hombre queda fragilizado. Empero que esta pintura se sirva de signos posibles nada debe, nada sigue a las leyes sean humanas, divinas, sobrenaturales. Pero la pintura o este animal particularmente observan en la ciudad la saturación de leyes a las cuales atentan premeditadamente en especial a las de género, gravedad e inercia. Son como la línea de los cuerpos en Caballero capaz de hacer de lo lineal un laberinto sobre el cuerpo, sobre la ciudad. Sea como fuere, es en la quietud de la roca que puede suscitar una movilidad imparables ya que es por fuerza que se mueve. Por mera sugerencia digamos, y así, el oxímoron se vuelve parte de su pictografía. Nada de principios solamente aperturas y negaciones como conjuros pictóricos. A diferencia del consuelo del Deja vu, sus signos carecen de significancia para lo cual dejan al lado las traducciones y se sirven de la literalidad poética. Insignificantes seres que pueden tornar cuerpo hasta la luz y someterse a su extrañeza. Implica además una particular mirada. Mirar el calor como lo hace Obregón, de ahí, esa manera de pintar el color pues saben que es carne y animalidad que permite el entendimiento del tiempo pictórico. Digamos pintura que es luz hecha carne. Ahí, fuera de las conjugaciones y mimetizaciones, la luz, el cromatismo, la pintura pueden movilizar sus formas fuera de lo zoomorfo y dejarse atravesar por una política de lo animal que permita la aparición de un nuevo bestiario, siempre nuevo, siempre monstruoso. Nada hace el ilustrador al equilibrar formalmente lo humano y lo animalesco, pues en eso simplemente recurre a una domesticación de su estilo. Dejar soltar este animal no implica su liberación; al contrario, es la medida de lo

inconmensurable lo que hace crítico lo animal y que sería ya improbable hablar de lo humano. Inclusive viviendo en las ciudades donde el culto a la humanidad se vuelve esteticismo universal.